—Muy bonito.

Nunca lo dijera, pues empezó á gemir, casi á chillar de desesperación.

Entonces, á «El de un ojo», que era el que quizás la amaba más, se le ocurrió decirle besando sus ojos empañados por el llanto:

—Consuélate, Mosquita, consuélate; te haremos otro chico.

De pronto se despertó en ella el instinto burlón que tenía hasta en los tuétanos, y medio convencida, medio bromeando, pero llorosa aún y con el corazón angustiado, contestó mirándonos á todos:

—¿De veras?

Contestamos todos juntos:

—De veras.

LA CONFESION

LA CONFESIÓN

Margarita de Therelles iba á morir. Aun cuando sólo tenía cincuenta y seis años parecía tener setenta y cinco. Se estremecía de un modo horrible, pálida y convulsa, como si tuviese una visión espantosa.

Su hermana mayor, Susana, que tenía seis años más que ella, arrodillada al pie de la cama, sollozaba. En una mesita ardían dos bujías, porque se esperaba al sacerdote que debía administrar la extramaunción y la última comunión.

La sala tenía el aspecto siniestro de los cuartos de los moribundos, un aspecto de adiós desesperado. Una porción de botellas estaban en los muebles dispuestas sin orden ni simetría, y por todas partes

se veía trapos y prendas de ropa. Hasta las mismas sillas, colocadas de cualquier modo, parecían haber corrido en todos sentidos. La muerte todopoderosa estaba oculta en la estancia.

La historia de las dos hermanas era enternecedora. La contaban con lágrimas en los ojos á diez leguas á la redonda.

Susana, la mayor, fué amada locamente por un joven á quien también quería. Se prometieron y se esperaba el día del casamiento cuando Enrique de Sampierre murió bruscamente.

La desesperación de la joven fué profunda, y juró no casarse. Cumplió su palabra. Vistió el luto de las viudas y no lo abandonó más.

Entonces su hermanita Margarita, que aun no tenía doce años, se echó una mañana en brazos de su Susana y le dijo:

—Hermana mía, no quiero que seasd esgraciada. No quiero que llores toda la vida. No te abandonaré jamás, jamás, jamás. Yo tampoco me casaré. Permaneceré siempre á tu lado, siempre.

Susana la abrazó enternecida por aquel cariño infantil, y no la creyó.

Pero la niña cumplió asimismo su palabra, y á pesar de las súplicas de sus padres y de los ruegos

de Susana, no se casó. Era linda, muy linda; rehusó la mano de muchos jóvenes que parecían amarla, y no abandonó jamás á su hermana.

***

Vivieron juntas durante la vida entera, sin separarse nunca. Estaban inseparablemente unidas. Pero Margarita parecía siempre triste, agobiada, más abatida que la mayor, como si su sacrificio sublime la hubiese aniquilado. Envejeció rápidamente; tenía el pelo cano á los treinta años y, siempre enfermiza, parecía atacada de un mal desconocido que la roía.

Ahora iba á morir antes que Susana.

Hacía veinticuatro horas que no hablaba. Sólo á los primeros reflejos de la aurora había dicho:

—Id á buscar al cura; se acerca el momento.

Y permanecía tendida de espaldas, estremecida por espasmos, agitando los labios como si unas palabras tremendas, que subían del corazón pugnasen por salir, con la mirada atónita por el terror, de expresión tal que infundía miedo.

Su hermana, abatida por el pesar, lloraba desesperadamente y repetía:

—¡Margarita, pobre Margarita, niña mía!

Siempre la llamaba, como de niña, «la pequeña.»

Sonaron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Entró un monaguillo seguido de un cura viejo. Apenas le vió, la moribunda se sentó en la cama, abrió los labios, balbuceó dos ó tres palabras y empezó á rascar la sábana con las uñas, como si quisiera agujerearla.

El cura Simón se acercó, le tomó la mano, la besó en la frente y dijo con suave acento:

—Dios la perdona, hija mía; tenga valor; este es el momento; hable.

Entonces Margarita, tiritando, haciendo crujir la cama con sus movimientos nerviosos, balbuceó:

—Siéntate, Susana; escucha.

El sacerdote se acercó á Susana, que continuaba al pie de la cama, la levantó, la puso en un sillón, y tomando en sendas manos las de las hermanas, exclamó:

—¡Señor, Dios mío! Dadles fuerzas; amparadlas.

Margarita habló. Las palabras le salían una á una de la garganta, roncas, débiles, espaciadas.

***

—¡Perdón, perdón, Susana; perdóname! ¡Ah! ¡Si supieras cuánto he temido este momento durante mi vida entera!...

Susana balbuceó llorosa:

—¿Qué te he de perdonar, pequeña? Todo lo sacrificaste por mí; eres un ángel...

Margarita interrumpió:

—Cállate... cállate... deja que te diga... no me interrumpas... Es horrible... Deja que te lo diga todo... hasta el fin... Escucha... ¿Te acuerdas?... ¿Te acuerdas?... Enrique...

Susana se estremeció y miró á su hermana. Esta añadió:

—Es preciso que lo oigas todo para comprender.

Tenía doce años, sólo doce años ¿te acuerdas? Estaba mimada, hacía siempre mi voluntad. ¿Te acuerdas de qué modo me mimaban?... Escucha. La primera vez que vino llevaba botas altas; desmontó junto á la escalinata y pidió que dispensasen si se presentaba en aquel traje; pero traía una noticia á papá. ¿Te acuerdas, verdad? No me interrumpas... oye. Cuando le vi quedé asombrada, me pareció muy guapo y permanecí en un rincón de la sala, mientras habló. Los niños son extraños... y terribles... Le soñé cada noche.

Volvió... muchas veces... le miraba con afán, con toda mi alma. Era desarrollada... y más astuta de lo que creían. Volvió á menudo... Sólo pensaba en él. Repetía su nombre.

—Enrique... Enrique de Sampierre.

Luego dijeron que se casaba contigo. Sentí un pesar... ¡Ah, Susana... un pesar! Lloré tres noches, sin dormir. Venía todos los días después de almorzar... te acuerdas, sí... no digas nada... Tú le hacías pasteles y tortas que le gustaban mucho... con harina, manteca y leche. Me acuerdo como... Aun sabría hacerlos ahora... Los tragaba de un solo bocado, después bebía una copa de vino... Y luego decía: «Son magníficos.» ¿Te acuerdas?

¡Yo estaba celosa, celosa hasta lo indecible! Se acercaba el instante del matrimonio. Sólo faltaban quince días. Yo enloquecía. Pensaba: No se casará con Susana, no; no quiero. Se casará conmigo cuando sea mayor. Nunca amaré tanto á otro hombre... Una noche, diez días antes de firmar el contrato, te paseaste con él por el parque... á la luz de la luna... y allá abajo, junto al pino... te besó... te besó... y te abrazó mucho rato... Te acuerdas, ¡oh, sí! Era probablemente la primera vez... sí... ¡Estabas tan pálida al volver al salón!...

Os he visto; estaba oculta en un grupo de arbustos. ¡Sentí una rabia! ¡De poderlo hacer, os mato!

Me dije: ¡no se casará con Susana, no! No se casará con nadie... padecería yo demasiado. Y de pronto empecé á odiarle.

¿Sabes lo que hice?... oye. Había visto al jardinero preparar bolas para matar perros vagabundos, Machacaba una botella y metía el vidrio en polvo en una bolita de carne.

Cogí del cuarto de mamá una botellita, la desmenucé con un martillo y me metí el polvo en el bolsillo. Era un polvo brillante... Al día siguiente, cuando acababas de hacer los pastelillos, los hendí con un cuchillo y puse dentro el polvo de vidrio...

El comió tres... yo también comí uno... Los otros seis los eché al estanque... los dos cisnes murieron tres días después... ¿Te acuerdas?... ¡Oh, no digas nada!... escucha, escucha... Sólo yo no morí... pero siempre he estado enferma... oye... Enrique murió... ya sabes... escucha... esto no es nada aún... Después, más tarde... siempre... lo más terrible... escucha...

Durante toda mi vida... ¡qué tormento! Me dije: No me separaré de mi hermana. Y se lo diré todo á la hora de la muerte... Y luego, he pensado sin cesar en el momento en que te diría eso... Ya ha llegado... ¡Es terrible!... ¡Oh, hermana mía!

Siempre pensaba, mañana y tarde, de día y de noche: Será preciso que se lo diga... ¡Esperaba!... ¡Qué suplicio! Ya está... no digas nada... ¡Ahora, tengo miedo! tengo miedo... ¡Oh! ¡tengo miedo! ¡Si cuando esté muerta le volviera á ver... imaginar!... No me atreveré... Es preciso... Voy á morir... Quiero que me perdones. Lo quiero... No puedo comparecer ante él si no me perdonas. ¡Oh! dígale que me perdone, señor cura, dígaselo... se lo ruego... No puedo morir si no me perdona...

⁂

Calló y permaneció anhelante, rascando las sábana con las uñas...

Susana había ocultado la cara entre las manos y no se movía. Pensaba en él, á quien hubiese podido amar tanto tiempo. ¡Qué existencia tan feliz hubiese sido la suya! Volvía á verle en el ayer desaparecido, en el pasado obscuro más inmenso que la vida! ¡Muertos adorados! ¡cómo desgarran el corazón! ¡Oh! ¡aquel beso, su único beso! Lo conservaba en el alma. ¡Y luego nada, nada ya durante su existencia entera!...

El sacerdote se levantó de pronto y dijo en voz fuerte y vibrante:

—¡Señorita Susana, su hermana va á morir.

Entonces Susana, apartando las manos, mostró el rostro bañado en lágrimas, y precipitándose hacia su hermana, la besó con toda su alma, balbuceando:

—Yo te perdono, te perdono, pequeña...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO